

# III Concurso de relatos **FICCIÓN Y CIENCIA**

Ganador



## **LOS CAMINOS DE LA CIENCIA**



UNIVERSIDAD  
DE MÁLAGA



Brain Dynamics

© Nélda Leal Rodríguez

© Publicaciones y Divulgación Científica. Vicerrectorado de Investigación  
y Transferencia de la Universidad de Málaga

Coordinación: Rosario Moreno-Torres Sánchez

Corrección y edición: Javier Sánchez Relinque

Diseño y maquetación: Aurora Álvarez Narváez

Colección Ficción y Ciencia

**III Concurso de relatos  
FICCIÓN Y CIENCIA**

**LOS CAMINOS DE  
LA CIENCIA**

## LOS CAMINOS DE LA CIENCIA

*Nélida Leal Rodríguez*

Mamá tiene setenta y seis años, y supongo que no es particularmente llamativo que olvide dónde ha puesto las llaves, que hoy tocaba cita con el podólogo, o incluso, qué día de la semana es. Todo eso me resultaría, ahora, una degeneración previsible y, en mis actuales circunstancias, hasta entrañable. Qué afortunada sería yo si mamá solo se lamentara de su mala cabeza noche y día, y porfiara en llamarme Alicia, como mi hermana mayor, la que ha triunfado en la vida, la que no es una fregona gorda y contrahecha, como servidora, y la que, también, hace un tiempo impreciso tomó la afortunada decisión de marcharse de casa y olvidó, ella por propia y envidiable voluntad, darnos sus señas, no sin rematar la faena abandonando a su único hijo, un chico adorable que por fortuna no parece ostentar mucho ADN materno y se deshace tratando de confortar mi desdicha y soportar al mismo tiempo las neuras de su abuela. Mi madre agotó todo su amor en la única persona que no tuvo interés en recibirlo, y aquí estamos nosotros dos: una mujer de cierta edad y un chico de veinte primaveras que lucha denodadamente por pagarse la carrera con trabajos de poca monta, entre gritos, exigencias e imprecaciones de mi madre, que no escatima en pretender cobrarle hasta por el uso del WC. No, no somos muy felices, Javi y yo, pero bien sabemos a quién le debemos *el favor*: mamá, que por puro placer, se pasa la vida preguntando cosas que

ya sabe, con el exclusivo objeto de rebatirnos a grito pelado la respuesta. Todo el mundo se hace viejo, y ni siquiera mi madre, terca en tantos campos de la vida, puede evitarse tal trámite, pero ella, cuya progresivo deterioro mental no se ha visto correspondido por el de la perversidad, no ha considerado siquiera la idea de envejecer facilitándonos las cosas, cuando tiene tan al alcance de su retorcida personalidad el hacerlo amargándonos la existencia y, quién sabe, favoreciendo, al adelantarle varias décadas, mi propio declive como ser humano. Imagino que la jalea real, único estimulante que puedo permitirme y que tomo a diario, ya mecánicamente, es inútil para combatir mi extremo agotamiento, quizá porque su causa, más que el impacto de mi trabajo y los primeros achaques, se debe a la extenuación mental de soportar a una vieja con la que ya me niego a hablar. Es posible que Javi, si consigue algún día salir de esta cárcel, tenga una esperanza a la que aferrarse, y ese es el único consuelo que me queda. Él es joven, y su condena algún día, tendrá un fin. Cuando concluya la mía, dudo que quede mucho por salvar.

A veces, de pasada, porque una tiene ya bastante maltrecha la autoestima como para propagarlo, se lo comento al doctor Martínez, el científico más inteligente, no solo en términos académicos, de la Universidad.

—Don Ernesto, hace dos horas que se han ido todos... —le anuncio, día sí y día también, fregona en ristre—. Ya solo me queda el laboratorio, y tendría que marcharme ya, lo siento...

Él me mira siempre algo sorprendido, como imagino que todos los genios, a lo largo de la historia, se sorprenden cuando un simple mortal les enfrenta de golpe con la ingrata realidad donde no existen probetas, ni matraces, ni fórmulas magistrales que ni siquiera bajo la implacable luz de los fluorescentes se revelan algo entendibles.

—Hmm... perdone, perdone, Elvira, qué desconsiderado soy. Se me pasa el tiempo volando... Ya sabe usted que estamos enfrascados en la peor etapa del experimento, la más arriesgada, la más... digamos, significativa. Sabe que estamos atascados desde hace un tiempo... Evidentemente algún concepto se nos escapa, pero no arrojaremos la toalla, lo descubriremos... er... la ciencia tiene sus caminos...

Llevo escuchando el mismo discurso, con las variaciones semánticas inevitables, los cinco años que yo llevo fregando los suelos y él inmerso en una batalla, al parecer eternamente inconclusa, contra el deterioro cognitivo humano. Pero es un tipo amable, que me trata como a una persona, y sabe que entiendo que prefiera quedarse en su mundo aséptico y desprovisto de problemas *mundanos*,

en lugar de afrontar la repulsiva vulgaridad del mundo real. Yo, por mi parte, me pasaría aquí la vida, si me dejaran, tal y como Javi eterniza sus horas en la Facultad o incluso echando horas extras que nadie le paga, en nuestro común propósito de eludir la obligación de regresar a mi piso de solterona o su piso de estudiante, que ni siquiera es piso de solterona ni piso de estudiante, sino el piso de viuda de mamá. Pero mamá, ella también, es uno de esos asuntos donde el doctor Martínez demuestra su sublime humanidad.

—Ahora mismo... un segundito nada más, Elvira, discúlpeme. Sepa que entiendo, de verdad... su madre, imagino. Su sobrino está mucho fuera y no es conveniente que se quede sola. Ojalá contara usted con alguna ayuda...er... extra. Lamento que la precariedad laboral... en fin. Anoto este dato... ya le digo, fundamental. Quién sabe si habremos dado con ese... error... bueno, quizá ni siquiera un error, en otro momento le explico...

Y lo veo, afanándose en terminar, con sus manos curiosamente eficaces y torpes a un tiempo. Es una de las mentes más privilegiadas que existen en el país en el campo de la neurobiología, su palmarés científico da cien vueltas al resto del personal del laboratorio, sin duda destaca sobre los de por sí brillantes intelectos del resto de miembros de su equipo, y, sin embargo, la humildad se le rebosa de los poros. Incluso llegó a ofrecerme ayuda econó-

mica para encontrar una cuidadora capaz de asumir el inabarcable abanico de responsabilidades que implica atender a mamá, pero, naturalmente, la rechacé, aunque hubiera dado el alma por poder aceptar, no ya ayuda económica, sino psiquiátrica, y no para mamá, sino para mí misma, cuya cordura se está desgajando, en mi caso prematuramente, a la par que la de mi progenitora. Por otro lado, no se me escapa, y si mi neurólogo favorito no estuviera siempre en las nubes de la ciencia, también lo adivinaría, que ninguna cuidadora, ni la más eficiente, curtida y templada del universo que pueda comprar el dinero, duraría más allá de dos semanas en la ardua —e inviable— proeza de tener contenta a mi madre.

Al menos Javi y yo estamos convencidos de que nada podría definirse mejor como una causa perdida.

—No se preocupe, don Ernesto —le calmo, conciliadora—. Mamá no apreciaría que Javi o yo estuviéramos día y noche al pie de su cama. Si acaso, mi retraso aumentará sus sobrados motivos para ganarme los constantes reproches e insultos con los que tiene a bien obsequiarme apenas oye el ruido de la llave.

Él sonríe, distraído, y aprovecha para hacer “unos últimos” cálculos en su destrozado cuaderno de notas. Sé que se haría aún más trizas su privilegiado cerebro si mi madre pudiera, bajo el más frágil argumento, considerarse digno objeto de estudio del proyecto

que ahora mismo les consume las neuronas al equipo, y que, valga la redundancia, trata de evitar la degeneración de las ajenas. Pero mamá no está sufriendo ninguna enfermedad degenerativa, salvo la maldad elevada a la enésima potencia utilizando la vejez como coartada, y además, para mi desgracia, mantiene, a ojos profanos, el pleno uso de sus facultades mentales. No sufre ningún trastorno, y diría que su memoria es mejor que la mía. Al menos hace gala de poseerla en extremada buena forma cuando cada día nos enumera con prolijo detalle el alcance de nuestros defectos y carencias.

Don Ernesto lo sabe, y por ello ya no intenta encuadrar a mamá como sujeto apto para los ensayos clínicos, pero sigue regalándome su mirada miope y comprensiva todos los días, tratando de confortar el desolado devenir de mis días. Le parece “sumamente injusto” que una mujer como yo, licenciada en Filología, no haya encontrado forma de dar rienda suelta a mis talentos, pero al mismo tiempo no deja de ver que a una mujer de cincuenta y dos años hace ya mucho que ningún entrevistador al uso hubiera considerado siquiera necesario verificar que sabe escribir recto.

—Esta crisis... er.... realmente, Elvira, estoy convencido de que en otras circunstancias usted hubiera podido ejercer una profesión acorde a sus aptitudes: profesora, bibliotecaria, historiadora... en fin... yo lamento...

Aunque yo aprecie y me sienta profundamente conmovida por su interés, en estas ocasiones no puedo remediar una especie de impaciencia que siempre me hace interrumpirle, intentar cambiarle de tema, o incluso, dejarle con la palabra en la boca. Acepto mi triste destino, pero no me gusta que me lo recuerden, y mucho menos que me lo recuerde él, cuya preocupación me duele más que la mía.

—Venga, don Ernesto, vaya a casa, desconecte un poco —le digo entonces. Y él me mira, asiente, aturcido, y se marcha, arrastrando los pies como un condenado. Yo lo veo alejarse, con mi carrito al lado, mi uniforme a rayas, y mi aura olorosa a lejía y limpia-muebles, y suspiro. Siempre suspiro, porque hasta yo puedo comprender que soy un rosario de desafortunadas coincidencias: feúcha, gordita, madura, pobre como una rata y con cargas familiares de espantosas implicaciones. Mi sobrino no es una carga, sino todo lo contrario, he consagrado mi humilde existencia a un único objetivo: tratar de que, cuanto menos él, triunfe. Él tiene una oportunidad, yo no, pero por desgracia, mi sobrino no es un alumno particularmente brillante, de esos a los que conceden becas, y costearle los estudios se ha convertido en una ímproba tarea, que él, por falta de recursos intelectuales, aparte de económicos, está a punto de dar por frustrada. Supongo que solo mi insistencia, bajo la eficaz amenaza de que, de no hacerlo, «le quedarán muchos años de convivencia con la abuela», lo mantiene todavía al lado de la esperanza».

Yo sé muy bien en qué lado estoy. A mi manera, también soy una causa perdida.

Pero como dice el doctor Martínez, que al menos cuando no está se convierte en mi cabeza en Ernesto, sin ningún «don» por delante, soy también inteligente, y sé que no tiene sentido llorar por la leche derramada. Él no es para mí. Yo no soy para él. Seguramente ninguno de los dos será nunca nada para nadie, pero así son las cosas. Y no hay nada más que hablar. Siempre que saco el tapón del limpia-cristales y me lo repito, con gesto fiero, una y otra vez, acabo creyéndolo.

Hoy, por ejemplo, no he tenido ni que recordármelo. Cuando he llegado al laboratorio, estaba desierto, como ocurre cada dos meses, cuando el equipo ha de justificar a los directivos de turno la procedencia de sus estudios y la necesidad de prolongarlo. Lo había olvidado, en mi afán de consolarme en la visión de mi imposible amor. Resignada pero aun así dolida, he remoloneado como una adolescente por los pasillos, con la escoba en la mano (para aparentar) tocando con disimulo los objetos que le veo tocar a él a diario, y que, sin la urgencia de la limpieza inmediata, única coartada que legitima mi presencia en los altares de la élite científica, parecen ser más especiales que cualquier otro día.

Y entonces, las vi.

Unas ampollas de cristal que contenían un líquido ambarino. Jamás hubieran llamado mi atención, ni qué decir tiene lo que he llegado a ver en todo el área de investigación de la Universidad, pero estaban pulcramente alineadas en una cajita de cartón, envuelta por un folio sujeto por una gomilla, en el que entreví un mensaje que despertó poderosamente mi curiosidad. Con dedos trémulos, desaté la gomilla y leí, esta vez con su letra *elegante*, «Solución para Mejora Rendimiento Cognitivo/ Emociones. Uso diario.» seguido de una riada de números y fórmulas completamente indescifrables para mí. Eran sesenta ampollas, conté con aprensión, ocultas con esmero tras el portafolios de Ernesto, el portafolios que he cogido por puro sentimentalismo y que, ahora, espoleada por la prudencia, vuelvo a colocar en la misma y exacta posición.

Admito que no había sentimentalismo alguno cuando escondí las ampollas en los bolsillos de mi uniforme, al oír que se aproximaban voces por el pasillo. Y mucho menos cuando recogí apresuradamente mis bártulos de limpieza, los solté de malos modos en mi carrito y salí escopetada del laboratorio por la puerta de atrás, galopando por las enrevesadas salas del área de Servicios Científicos-Técnicos hasta detenerme, jadeante, culpable y sudorosa, en la otra punta de la Universidad. Algunas ampollas habían salido de su precario almacenamiento y entrechocado con presagios de rotura en mis holgados bolsillos, y casi esperaba ver una

amarillenta mancha delatora cuando bajé la vista, pero gracias a Dios, o quizá el Diablo, que debe ser quien ampara los hurtos, estaban intactas.

En la Universidad había cámaras, pero eran de atrezzo. Si alguna vez habían funcionado, el presupuesto no alcanzaba para que siguieran haciéndolo. Yo había llegado un poco antes de mi hora habitual —estaba más necesitada que nunca de la presencia torpemente inteligente de don Ernesto— y no me había cruzado con nadie, aparte del indiscutible *mérito* de que nadie se fija nunca, realmente, en las limpiadoras. Somos parte del mobiliario, como quien dice.

Pero podía regresar para devolver las ampollas, no me llevaría más de un minuto. Mi «delito», si yo lo quería, podía ser fácilmente enmendado.

Pero yo no quería hacerlo. Me di cuenta entonces, en el almacén de suministros de limpieza, que mira a un desolado rincón de los antaño cuidados jardines del campus (el presupuesto tampoco alcanza para jardineros, hay un césped famélico al que solo un alma bondadosa definiría como verde). Allí estaba yo, un objeto más, deslucido como todo los que me rodeaban, aferrando las ampollas como si fueran un elixir mágico, la panacea de todos mis males.

Estaba decidida a comprobarlo. El amor, dicen, es temerario y, aunque me hubiera llevado a ser una delincuente, yo estaba actuando por amor. Cuanto menos ayudaría a un chico maravilloso a conseguir su sueño, aunque a cambio me condenase a una ya eterna e irrevocable soledad.

El resto de la jornada transcurrió en una espiral de nerviosismo y decisión incompatibles en cualquier otro contexto. Solté mi tesoro en la cocina, en el armario de *complementos alimenticios* (soy filóloga, no lo olvidemos) decidiendo que todas las dudas que pudieran surgir las catalogaría como prescindibles. Mi sobrino merecía mi sacrificio: con firmeza, le preparé un zumo de naranja a toda prisa, vacié una ampolla en el vaso y se lo ofrecí con sonrisa rutilante, sin que los improperios de mi madre, acusándome de ser una blanda con el «inútil este», me hicieran vacilar. Javier se lo bebió, algo sorprendido pero naturalmente confiado, comentó que sabía algo amargo, le ofrecí azúcar, y cuando vi el vaso vacío, me sentí como una asesina en potencia que merecía la horca a pesar de haber creído actuar por pura bondad. Ni qué decir tiene que cuando vi a mi sobrino al otro día, pleno de fuerzas o al menos no desprovisto de ellas, mi alma se fortaleció en lo que convertí en mi particular cruzada, y me llené de orgullo al verle abandonar la casa, con sus apuntes y la mochila donde lleva el uniforme de repartidor de pizzas. Mi Javier aprobaría todos los exámenes con magnífica puntuación, le

concederían una beca, dejaría boquiabiertos a todo el profesorado y saldría de la Universidad convertido en un ingeniero de postín. Ernesto era un genio y, gracias a él, Javier también llegaría a serlo.

Al acudir yo a «mi» Universidad, el aplomo se me había deshecho en alto porcentaje, quedando pulverizado sin fisuras cuando me di cuenta de que lo que yo había tomado como un robo, evidentemente una mala acción pero sin más trascendencia, había adquirido proporciones de crimen contra la humanidad, al menos en la mente del hombre de mis sueños, al que menos hubiera querido perjudicar, aun sabiendo que lo estaba haciendo. Apenas crucé la entrada donde las limpiadoras consultamos —y discutimos como gatas en celo— los cuadrantes, me enteré de que el doctor Martínez, que se había ganado a pulso una reputación impecable de hombre educado y cordial, había perdido la cabeza la tarde anterior. Todo el mundo aguardaba mi llegada, ya que se me suponía la última en haber estado en el laboratorio.

—¡Elvira! ¿Viste unas ampollas? Unos frasquitos de cristal cerrados...pequeños, transparentes... había no sé qué dentro. ¡El doctor Martínez está desquiciado! ¿Las has cogido? ¡Las has tenido que coger, o ver quién lo hacía! —me asaltaron, todas a la vez, como si hubiesen desaparecido lingotes de oro de una cámara acorazada de la que solo yo conociera la clave.

—Sé perfectamente lo que es una ampolla, gracias. No, no he visto nada —repuse, con heroica calma, teniendo en cuenta que el corazón se me salía del pecho—. Ni siquiera las vi de pasada, que yo recuerde, limpié como siempre, el laboratorio estaba... vacío. No suelo fijarme en los instrumentos ni en nada de eso. Me limito a limpiar —mentí, he de decir que con considerable soltura, o tal vez mero instinto de supervivencia.

De alguna forma, a lo largo de un goteo incansable de preguntas, interrogatorios, y alusiones más o menos directas en las que pasé por cuantos despachos consideraron menester, me las arreglé para ir convenciéndome a mí misma de que yo no solo no había hecho nada malo, sino de que en realidad ni siquiera había llegado a hacer *nada*. En las numerosas conversaciones que mantuve con un riachuelo de mandamases, que si bien no se atrevían directamente a llamarme ladrona parecían sentir la necesidad de poder llamárselo a alguien, me fui percatando de que nadie en realidad, ni el propio doctor Martínez, sabía con exactitud para qué delante servían las dichas ampollas. Al parecer, él, que ese día ni siquiera había aparecido, estaba más preocupado por el efecto que pudiera derivar de su posible ingestión, que por el hecho de que hubieran sido sustraídas *maliciosamente* de su laboratorio, lo cual debiera preocuparle porque, de facto, había sido amonestado por varios motivos, que poco a poco fui hilvanando con profunda compasión. Para empezar, las

ampollas no formaban parte propiamente dicha del estudio, sino que eran una especie de experimento propio que él había emprendido, utilizando los recursos del laboratorio, en la esperanza de que funcionara, pero sin consultar con nadie ni por supuesto seguir el protocolo del que se le suponía estricto cumplidor. Mi querido Ernesto había intentado por propia voluntad desviarse *ligeramente* del propósito estrella de su estudio, y, confiando en una nueva proteína que había mostrado efectos sorprendentemente positivos en la memoria y desarrollo cognitivo, además de, en su privada y secreta opinión, sobre las emociones, se había propuesto aunar todas sus virtudes.

Pero desconocía si estaba acertado o no, y, peor aún, ignoraba si podía resultar incluso dañino, lo cual le había vuelto loco de remordimientos. Por ello, en lugar de callarse el robo, e ignorar las eventuales consecuencias, protegiéndose en el anonimato y la certeza —a fin de cuentas, su nombre no aparecía en ninguna parte, solo yo conocía al detalle todas las variaciones de su caligrafía— de que nadie podía probar la más mínima intervención por su parte, había dado la cara para decir que todo era culpa suya, que por favor apareciera el ladrón, que nadie le responsabilizaría de nada, que él asumiría todo lo que hubiera que asumir...

Pero yo no estaba dispuesta a asumir nada, ni a permitirle a él que lo asumiera. Estaba decidida a continuar, y descubrí, cuando

se supo que primera vez en su carrera el doctor Martínez se había dado de baja por depresión, que por increíble que resultara, yo tenía más fe en su ciencia que él mismo. Dentro de mí, el convencimiento de que lo reconociera o no, mi frustrado amor científico había conseguido lo que se había propuesto, era inmenso, y cada mañana le volcaba una ampolla completa a mi sobrino en su ahora habitual zumo de naranja, sin que me perturbara en lo más mínimo sus potenciales efectos adversos: la inocuidad de las ampollas se hizo patente día tras día, durante los dos meses completos en que suministré a mi sobrino su contenido, esperando que poco a poco se fuera destacando como brillante alumno de su curso, pero no puedo decir lo mismo de su efectividad. Mi pobre Javier tenía un superávit de vitamina C quizá considerable, pero continuaba siendo corto de entendederas y bastante lento en sus estudios. De hecho, suspendió todos los exámenes de aquel trimestre, y no sé que me decepcionó más, tal era el cúmulo de desastres generado desde aquel día, al parecer nefasto, en que había iniciado mi currículo delictivo, confiado ciegamente en la inteligencia de mi amor platónico, y dado por hecho que mi sobrino se labraría un futuro prometedor fuera de las espinosas paredes de nuestro «hogar». Todo había sido un error, un fracaso absoluto y sin paliativos. Todo. Había dejado de ver al único ser que, aparte de mi propio y aún botarate sobrino, me interesaba, quién sabía cuánto tiempo se prolongaría aquella depresión

que yo misma había causado, había descubierto que Ernesto no era infalible y que Javier estaba fuera de todo remedio. Lo único que había cambiado en él era que se tomaba su zumo de naranja todos los días, porque, según afirmaba, le daba «muchas energías».

No para gastarlas en tu cerebro, pensé yo, consternada.

Mientras, la vida seguía patéticamente igual. Mi madre seguía ostentando una salud de hierro y una capacidad compasiva de papel celofán. Mi sobrino seguía haciendo oposiciones, de lo más fructíferas, a no ser merecedor de ninguna beca que pudiera garantizarle continuar sus desastrados estudios, y yo continué mi existencia de larva sin ambiciones. En el laboratorio, por su parte, y tras un corto periodo de transición, habían recuperado una normalidad a medias, lidiando con la ausencia del «capitán» que, al parecer, tan poca madera de liderazgo había demostrado tener, y se continuaban los experimentos, los legales, se entiende, con la misma eficacia y vocación de eternidad con que yo los había contemplado durante cinco años.

Cada tarde, yo limpiaba, con los ojos anegados en lágrimas, y pensaba en qué absurda forma se le destroza a una la vida, al privarla de romance, esperanzas y metas de un solo plumazo. Tal vez ésa fuera la esencia del karma, pensé, dejándome llevar por los pensamientos filosóficos que últimamente me asediaban: yo había

cometido un robo, fueran cuales fueran mis nobles intenciones, y debía pagar por él. Al principio, la sola idea me atenaza el ánimo, me impedía casi pensar en algo que no fuera mi colosal culpabilidad, y, tratando de evadirme, me dediqué a leer en mis escasos ratos libres, a intentar entender a mi madre, indagando en sus recónditas razones para tanto maltrato verbal, y a ayudar a mi sobrino en sus horas de estudio, descubriendo que mi inteligencia, aquella tan ponderada por mi otrora Romeo, era realmente elevada, pues no me costaba ningún esfuerzo asimilar los conocimientos que a Javier tanto se le atragantaban. Recuerdo que incluso sentí un postizo consuelo, que paulatinamente se fue haciendo real, al comprobar que yo misma podía cursar Ingeniería, dado que parecía dárseme bastante mejor que al presunto estudiante. Nunca lo haría, pues si no podía ayudar a sufragar los gastos de su carrera, inviable resultaba la mera pretensión de costearla para mí misma, dejando aparte mis años y los más que improbables visos de poder ejercer tamaña profesión algún día. No obstante, me reconfortaba saber que *al menos* podía decirme, sin pensar en que me mentía deliberadamente para salvaguardar mi parca autoestima, que podría haber sido ingeniera.

Mis remordimientos, inmensos los primeros días, fueron diluyéndose, incluso contra mi propia voluntad: quizá la vida tuviera sentido tal y como era, después de todo, quizá había sido así el camino que me había correspondido recorrer y carecía de sentido,

valga la redundancia, tratar de rebelarse. Mientras sacaba brillo al laboratorio, me di cuenta de que me sentía en paz, satisfecha, casi diría que medianamente feliz, a pesar de carecer de motivos para ello. Incluso mi madre parecía responder, siquiera levemente, a mis esfuerzos por comprenderla, y de vez en cuando se abría, casi a regañadientes, admitiendo que descargaba en mí y en Javier el profundo desengaño que Alicia, la sagrada Alicia, le había provocado. Después, naturalmente, volvían los gritos, las recriminaciones, las constantes quejas, pero yo no respondía como antaño, bien ignorándola —lo cual, ella misma había llegado a admitirlo, fomentaba su rabia— o bien dejándome yo misma llevar por la furia y dando un sonoro portazo para alejarme de tanta injusticia vertida contra mí, sino que me quedaba allí, escuchándola, tratando de ponerme en su lugar, de comprender el resentimiento que una anciana sentía contra el mundo que había creído poder controlar y, en su misma cara, se le había vuelto incontrolable. Mi mayor triunfo ocurrió una tarde, en que mama, después de acusarme de cuantas fantasías tuvieron a bien inundarle la mente, me dijo lo indecible:

—Perdona... Elvira. Tú eres quien me ha cuidado, tú eres quien me ha soportado, quien siempre ha estado aquí. Soy una vieja testaruda y he traspasado límites... me sentía mal, vieja, inútil, dependiente y lo he pagado con quienes no debía.

Aquel día, cuando me puse a limpiar el laboratorio, me descubrí sonriendo sola, canturreando, sintiéndome, sin poder asegurarlo, ya que era la primera vez, a gusto con mi propia vida. Solo me faltaba él, Ernesto, mi pobre científico torpe, ingenuo y distraído. Lo recordé, allí parada, con mi bayeta en la mano, hojeando su agenda, sus manuales, sus apuntes... revisé sus notas, leí todo lo escrito, traté de empaparme de lo poco que de él me quedaba... y, de repente, paralizada, la bayeta cayó al suelo de mi mano al llevármela al corazón, sobrecogida.

Comprendía todo lo que estaba leyendo. A la perfección. Comprendía todos y cada uno de los conceptos, todas las fórmulas, todos los razonamientos. Incluso intuí lo que me pareció un error, un infinitesimal fallo de cálculo, casi imperceptible, del que podía derivarse, quizá, el hecho de que el estudio llevara más de cinco años aparentemente estancado.

A mi mente aterrorizada pero curiosamente alerta a un mismo tiempo, acudió una imagen, una imagen de poco más de dos meses atrás: sesenta ampollas alineadas tras un portafolios, una de las escasas tardes en que el personal del laboratorio estaba ausente. Seguramente Ernesto no había tenido tiempo de ocultarlas mejor, y dado que yo solía llegar más tarde, dio por hecho que escondidas tras su portafolios nadie las vería y, aun de verlas, no tenía por qué

inferir que no eran uno de los habituales *habitantes* de un laboratorio convencional, donde un profano —el que yo ahora no era—, no distinguiría un matraz de una botella de ácido. Yo misma, en realidad, solo las había cogido por un arrebato apasionado, visceral, fruto de mi crónica insatisfacción y buscando un burdo consuelo en aquellas ampollas que, en mi imaginación, podían ser las llaves del paraíso, o, cuanto menos, del exilio necesario de Javier de nuestro particular infierno, ése que ya no me parecía, curiosamente, tan infernal...

Pero Javier seguía siendo el chico lento y poco avisado de siempre. Solo se sentía, según afirmaba, «con más energía», lo cual, hasta la que yo había sido podía deducirlo con facilidad, no se justificaba con un mero vaso de zumo. Mi sobrino no tomaba, como yo, ampollas de jalea real, él era joven y no acusaba las horas de trabajo físico de la misma forma que yo.

Ampollas de jalea real.

Por segunda vez en toda mi carrera, aquel día no limpié. Salí escopetada a casa, corriendo como alma que lleva el diablo. Mamá se quedó boquiabierta al verme entrar, y supongo que no es censurable: una mujer de más que mediana edad, despeinada, sudorosa y vestida de limpiadora que corre por los pasillos de su propia casa como si estuviera siendo perseguida por monstruos aparentemente

invisibles, no debe ser una visión fácil de aceptar ni cuando los años, se supone, te han hecho verlo casi todo en esta vida. Pero mamá no sabía lo que en ese mismo momento bullía en mi ahora privilegiada mente, la misma que de repente había encontrado razones para hablar con su fastidiosa madre esgrimiendo una sabiduría psicológica novedosa y admirable, por cierto, la misma que ayudaba a su sobrino derrochando conocimientos que no se justificaban, como yo tan alegremente había dado por hecho, por leer por encima sus inmensos libracos, y la misma que había asimilado, quizá con mayor eficacia que sus mismos autores, la galería de cálculos y fórmulas que componían uno de los estudios más prometedores y mejor financiados, por sus potencial utilidad, de toda la comunidad universitaria, hasta el punto de haber descubierto ella sola el fallo *invisible* que ellos no habían logrado averiguar.

La misma mente que llevó a su gordita propietaria a casi tropezar con el cubo de la basura de la cocina cuando abrí el armario donde guardaba las ampollas de jalea real y percibí, con reveladora claridad, que no me había llamado la atención en todo este tiempo porque, efectivamente, yo las había usado.

Pero no conmigo.

Yo había confundido las ampollas, y amorosamente había suministrado la jalea real a mi sobrino, que, ahora, era evidente, se

sentía con más energía. Era yo la que había ingerido las ampollas que, tal y como mi adorado Ernesto había deseado, desarrollaban la memoria, la inteligencia, el razonamiento y... además, las emociones. Mamá, mamá que ahora me observaba con cautela y sonrió con cierta timidez, francamente cautivadora, al percibir mi radiante y súbita alegría.

—¿Estás contenta, Elvira? ¿Te ha hecho efecto la jalea? ¿Te sientes más fuerte?

Con una sonrisa mil veces más radiante que la suya, le dije que sí, que me sentía incomparablemente más fuerte. Y más contenta. Y, añadí, mientras salía para dirigirme al teléfono y hacer una llamada que nunca antes me había atrevido a hacer, que estaba segura de que alguien más iba a sentirse, cuando colgara, inmensamente feliz.



Publicaciones y  
Divulgación Científica